

EL ALMENDRO EN FLOR

Un viernes uno de febrero en Puntagorda comenzaba una fiesta a la que llamaban el Almendro en Flor. Una chica llamada Safira salía del instituto a las 2:15 y, para dirigirse a su casa, tenía que pasar por delante de las calles de la fiesta. Al pasar por allí ya había personas armando los quioscos, los puestos para vender comida, los puestos de artesanía, etc. Mientras iba para su casa, cruzó frente a tres huertas que tenía un poco antes de llegar a su casa y se detuvo a contemplar los almendros en flor que allí había. Ella caminaba entre los almendros y observaba la belleza de cada uno de ellos, pero hubo uno que le llamó la atención, uno que se encontraba aislado de los demás. Era el que más flores tenía, el más grande y hermoso de todos, el más florecido; le llamó tanto la atención que se acercó a él y se acostó bajo el árbol a observar su belleza. Después de estar un rato allí, Safira regresó a casa, y se sentó a comer con sus padres y su hermano pequeño. Comían en silencio y a Safira, para romperlo, se le ocurrió preguntarle a su madre que si alguna vez se había fijado en uno de los almendros que tenían en sus huertas, uno que se encontraba apartado de los otros. Su madre, sorprendida de que su hija hubiese estado allí, le respondió que ese almendro era muy especial y que tenía un significado muy especial para ella. Safira no tardó en preguntar qué significado tan especial tenía para ellos y le pidió que le explicara todo lo que tuviese que ver con ese árbol tan bonito. La madre le dijo que preparara bien sus oídos porque era una historia muy larga de contar y Safira, más que preparada, se dispuso a escuchar.

La madre empezó a contarle la historia.- Hace quince años, justamente ahí en ese precioso árbol de almendro por el que tanto interés tienes, conocí a tu padre. A mí me gustaba ir todas las tardes allí a leer bajo ese árbol. Intentaba ir siempre que podía y un domingo de la fiesta de almendro por la tarde cogí mi libro y fui a leer al árbol. Cuando llegué allí me encontré un hombre tirado bajo él y con una apariencia un poco de borracho y con mal olor. No se me ocurrió otra cosa que llamarle la atención, pero estaba dormido y, con cuidado, por si fuese un perverso, lo desperté. Al despertarse, le dije que el sitio en donde se encontraba era privado y que la dueña era yo. El muchacho, avergonzado, se puso en pie. Me di cuenta de que era un muchacho muy apuesto, de ojos marrones, moreno de pie y pelo oscuro, también algo fortachón. En seguida me pidió disculpas y que lo perdonara, pero que no se acordaba de nada de la noche de la fiesta ni de cómo había llegado allí, que sus amigos con los que había venido se habían ido sin él y que él vivía en Los Llanos de Aridane.

Me dio mucha pena, me lo decía con tanta angustia y tan avergonzado que me ofrecí a invitarlo a que se duchara en mi casa y dejarle ropa limpia que yo tenía de mi hermano. El muchacho no quería molestarme, pero le insistí hasta convencerlo y me acompañó a casa.

Al llegar, le indiqué dónde se encontraba el baño, y le dejé algo de ropa. Mientras él se aseaba, a mí se me ocurrió prepararle algo de comer ya que seguramente no había probado bocado desde el día anterior. Le preparé un buen bocadillo de carne y queso y un vaso de zumo. Escuché que salía del baño y lo llamé, le dije que viniera a la cocina. Enseguida vino y me quedé asombrada: ¡limpio tenía un aspecto tan bonito! Le dije que se sentara, que la comida era para él, que se la había preparado. Me dio las gracias y me pidió que, por favor, más que sea me sentase con él y que lo acompañase mientras comía. Me miraba de una forma muy especial, sus ojos brillaban. Todo estaba en silencio y de repente me preguntó que si tenía esposo, yo le respondí que no, que era soltera y él me dijo que cómo era posible que una mujer así no tuviese a alguien que la amase. Yo me sorprendí al escuchar lo que me decía y le respondí que quizás estaba destinada a estar sola. Él me dijo que no podía ser así, yo me empecé a sentir incómoda y le dije que era mejor que ya se fuera. Lo acompañé hasta la puerta y se marchó.

Un año después, ese mismo día, un domingo de Almendro, como siempre, fui a mi almendro a leer un libro. Cuando llegué me encontré un papel que decía: “Aquí me salvaste hace un año, todavía no sé cómo agradecértelo, lo bien que me trataste. No sé si seguirás sola o has encontrado a alguien. Yo estoy solo, no he dejado de pensar en ti desde ese día. He pensado en que podríamos quedar para tomar algo. Si no te parece mal, aquí tienes mi teléfono, piénsalo.”

Al leer esa nota mi cara fue de asombro, no me podía creer que se acordara de mí y menos del árbol en el que me lo encontré y nos conocimos. Me llenó de alegría y felicidad ver esa nota, lo llamé y quedamos para tomar algo el día siguiente en un bar del pueblo.

Ya era el día, muy nerviosa, me empecé a preparar. No sabía qué ponerme: nunca había tenido una cita con un hombre. Me puse algo sencillo, ya que no quería causar mala impresión: llevaba un vestido y unas zapatillas. Luego, ya era la hora, y me dirigí hacia allí. Al llegar, nos encontramos, nos saludamos como dos amigos y empezamos a charlar. Me dijo que aún no sabíamos nuestros nombres; él me dijo que se llamaba Fernando, yo le dije que me llamaba Lorena. Seguimos hablando hasta que nos despedimos y nos fuimos. Después de ese día seguimos quedando hasta que surgió el amor y él me pidió que fuéramos novios. Yo, por supuesto, acepté. Después de tres años de noviazgo, se vino a vivir a mi casa y nos casamos. Con el paso de los años, tuvimos dos hijos preciosos. Y así acaba la historia- le dijo a Safira.

A Safira le gustó mucho la historia de sus padres y desde entonces todos los domingos de la Fiesta de Almendro u otros días que podía, iba a ese lugar y pasaba tardes enteras leyendo libros, y recordando la historia de sus padres.

Sandra León Pérez (3º ESO)